

## LA FARSA AGLIPAYANA HISTÓRICO

### I

Al son de bombo y platillos  
y volteos de campanas  
El *parepare* Juan Lanas  
Fué recibido en Fracaso.  
Salió el Concejal tercero  
Y el jefe de los Constables.  
Para evitar deplorables  
Encuentros con los *romanos*.

Para la fiesta católica  
Fué llamado el Padre Antero,  
Excelente Misionero,  
Padre de las almas buenas.  
Sufrió en silencio el insulto  
Del *parepare* insolente,  
Manso, resuelto y paciente,  
Orando por sus ovejas.

Vió a su pueblo seducido  
Y al *parepare* triunfante,  
Y a los buenos, un instante  
Vacilando en sus creencias.  
Contempló la cruel parodia,  
Vió la Independiente llena,  
La procesión, la verbena,  
Los cohetes y la fiesta.

—¡Dios Santo! ¡Qué desvarío!  
¡Qué confusión espantosa!

¡Y que por tan poca cosa  
Se olviden de Tí los buenos!  
Perdón por mi pueblo pido;  
Dame, Señor, fortaleza  
Para luchar con firmeza  
De tanto olvido y desprecio...

Y el *parepare* Juan Lanas  
Se relleno los bolsillos  
Y escupió por los colmillos  
Bien boyante y satisfecho.  
—Hemos triunfado, Señores;  
Yo soy aquí el soberano  
Y queda el Padre Romano  
Sepultado en su convento...

### II

Calló el barullo y jolgorio;  
Cesaron los festivales  
Y fueron los comensales  
A dormir roncós la siesta.  
La oración del Misionero  
Al trono excelso llegó,  
Y la hora de Dios sonó  
Para vengar tanta ofensa.

Y la ira justa de Dios  
Sobre Fracaso cayó,  
Y una peste se inició  
Precursora de la muerte.  
Los más robustos cayeron,

Los atacados morían,  
Y todos se estremecían  
Por el terror de la muerte.

Y el infeliz *parepare*,  
¿Acudió a sus feligreses?  
No; cogió sus intereses,  
Su costilla y su maleta,  
Y se escapó de Fracaso.  
Y sin decir: hasta luego,  
Tomó las de Villadiego,  
Para salvar su pelleja.

Y el Padre Antero salió,  
Como el bueno Samaritano  
Con la Cruz santa en la mano  
Y en sus labios la dulzura.  
Y aquel pueblo despertó  
Del sopor en que yacía,  
Viendo el brazo que le hería,  
Para sanar su locura.

Y en alas de su entusiasmo  
Al Padre perdón pidieron  
Y con llanto prometieron  
Ser católicos sinceros.  
Cesó la peste al momento,  
Reinó una inmensa alegría,  
El cisma murió aquel día,  
Y al camarín dieron fuego.

P. de ISLA.

## Cuento

Y va de cuento. Narran las crónicas que había un Estado gobernado por un rey. Este no se cuidaba gran cosa de los asuntos de la Nación y apenas proporcionaba a sus súbditos otro beneficio sino consumir comestibles y bebidas en considerable cantidad. El buen rey estaba gordo como cebón doméstico y rebosante de salud.

Mas, llególe la hora, enfermó de hartura y púsose a morir. Acudieron a la cabecera real todos los médicos afamados del reino, pero por más que hicieron, la dolencia se fué agravando y el paciente se murió. A lo menos, así parecía.

Entre las leyes de aquel Estado había una que ordenaba no anunciar al pueblo la muerte de ningún rey, sin primero cerciorarse inequívocamente de su fallecimiento, so pena capital, si acaso marraban en el diagnóstico y anunciaban la vacante real.

El monarca de nuestro cuento no daba ya señal alguna de vida, mas, por lo que en ello les iba, quisieron los esculapios confirmarse en la suposición. Y el

más sabio de todos empuñó un desmesurado alfiler, que para tales menesteres traía a buen recaudo, y lo hundió lentamente en el cerebro del rey.

Reinaba silencio sepulcral en el regio aposento, donde se habían congregado todos los cortesanos, y se volvían todo ojos para descubrir el más insignificante movimiento de aquel cuerpo inerte. Pero, el tronco real yacente no se movió.

Retiró el celebrado galeno el alfiler con la solemnidad y pausa que requería el caso, y tornó a hundirlo en el quinto espacio intercostal, para explorar el corazón. Tampoco se notó la más ligera mueca en aquel rostro de extrema palidez.

Quiso el doctor hacer una última prueba, la decisiva, porque si, después de ella, continuaba el rey sin dar manifestación alguna de vida, señal evidente era de quedar ya vacante el trono para sentarse en él su sucesor.

Antes de aquella postrera cata, mostró el médico a los cortesanos el alfiler, inclinóse solemnemente sobre el cuerpo exánime, pasó la palma de la mano con dulzura por todo el epigastrio, escogió el lugar de la puntura, aplicó en él la punta del instrumento y lo hundió con la

acostumbrada lentitud.

Aquel monarca bonachón, que no había respondido a las punzadas del cerebro y del corazón, dió un berrido tan horripilante que se oyó hasta en los más apartados rincones del reino, despertando la consiguiente alegría entre los súbditos de Su Majestad. Aun vivía el rey.

Algo parecido nos ha pasado con "The Independent." Le pinchamos en el cerebro con el punzón de nuestros razonamientos, mas él permaneció inmóvil, como si no hallara eco en su masa encefálica semejante instrumento de exploración.

Nos dirigimos hacia la región de las costillas, y, después de calentárselas mediante acompasada percusión para hacerle reaccionar, hundimos el alfiler del pundonor periodístico en el corazón. Mas... nada. Como si fuera un cadáver.

Dimos una punción definitiva en las latitudes gástricas y ha dado un rugido, comparable al del monarca de nuestro cuento, acabando por quebrantar su silencio con esta frase que revela la reciedumbre de su dolor: "¡Alto ahí, necios deslenguados!"

Y colorín colorao.

K. LLEJA.